

A mediodía el fuego cesó. Sin embargo Rosas, con gran serenidad, trató de hacer una conversión del centro para atacar a los brasileños con el remanente de sus tropas, como si toda la batalla fuera contra éstos. Pero Urquiza hizo converger las fuerzas disponibles que obligaron a retirarse a las tropas de Díaz. Los cañones de Chilavert mantuvieron el fuego mientras tuvieron proyectiles⁷⁰.

Rosas trató de contener la dispersión de las tropas bisoñas de la izquierda. Herido de bala en una mano en un entrevero con fuerzas “atraídas por la vista de Rosas” según Saldías, o al evitar la dispersión de su izquierda según otros, se retiró a las dos de la tarde del campo de batalla con la sola custodia de su asistente Lorenzo López⁷¹.

Renuncia de Rosas.

El vencido tomó el camino del *paso de Burgos* (sudoeste de puente Uriburu); de allí siguió al *Hueco de los Sauces* (plaza Garay), apeándose junto a un ombú. Formalista siempre, redactó a lápiz el parte de la derrota, dirigido a la junta de representantes, que era a la vez su renuncia:

“Creo haber llenado mi deber como mis conciudadanos y mis compañeros. Si más no hemos hecho en el sostén sagrado de nuestra independencia, de nuestra integridad y de nuestro honor, es porque más no hemos podido”.

Agotado por el cansancio (llevaba tres días sin dormir) se echó bajo el ombú, cubierto o disimulado con el poncho de su ayudante. Mandó a éste a la ciudad a llevar la renuncia, y traerle algunos alimentos. A la hora volvió López, y Rosas, envuelto en el poncho de su asistente, va a asilarse a la legación inglesa de la calle Defensa. Gore no estaba, y el sirviente —que no lo reconoce— no se atreve a cerrar la puerta a ese soldado que entra con gesto imperativo y se echa a dormir en la cama del ministro inglés. Son las cuatro de la tarde.

Gore estaba “concertando con mis colegas los mejores medios para proteger la vida y propiedades de nuestros respectivos connacionales” dice en su informe a Palmerston. Al regresar, media hora después, encontró “al general Rosas que se halla reposando en mi lecho, muy exhausto por la fatiga y una herida que tenía en la mano, cubierto con el humo y el polvo de la batalla y sufriendo hambre, mas, por otra parte, calmo y dueño de sí mismo..., me habló con tanta calma como si estuviera tranquilamente en Palermo”. Lo dejó en la legación porque debía encontrarse con los ministros extranjeros a las 6 para pedirle a Urquiza que tomase medidas a fin de proteger la ciudad, al tiempo que Rosas “ordenaba su cena y su baño”. Gore fue a Palermo, preocupado por la presencia del gobernador en la legación (que naturalmente no dejó traslucir), y volvió a las 10 de la noche sin haber podido entrevistar a Urquiza. Fue a la casa del almirante Henderson a aconsejarse, porque Rosas “quería quedarse en la legación”; Henderson entendió que “debía dejar mi casa porque su presencia podía ser dañosa para los intereses británicos”, ofreciendo asilado en el *Locust* que estaba en la rada, y de éste pasarlo al *Centaur* para alcanzar el paquete de pasajeros inglés —el *Esk*— que debía encontrarse en Montevideo. De la casa de Henderson pasó a buscar a Manuelita y la llevó a la legación para convencer a su padre: después de discutir un poco “convenció al general Rosas de la absoluta necesidad de embarcarse aquella misma noche, lo que efectuó a las 3 a. m. con su hija e hijo”. Para no ser aprehendido por alguna guardia pasada al vencedor, Rosas iba disimulado con un capote y gorro de marino, Manuelita vestida de muchacho y Juan con las ropas de Gore. Pasaron por dos garitas de centinelas que desconocieron a Rosas o no quisieron detenerlo. A las 3 de la mañana el caído y sus hijos estaban en el *Locust*, que se alejó inmediatamente en busca del *Centaur*. “Aseguro a Ud., milord, que experimenté un profundo alivio al ver al *Locust* salir del puerto mientras yo cabalgaba hacia Palermo” dice Gore. Consiguió el ministro inglés entrevistar a Urquiza, quien le dijo que “Rosas había peleado bravamente y creía había marchado hacia el sur, composición de lugar que no me sentí inclinado a contradecir de ninguna manera”.

El *Centaur* no tenía tiempo material de alcanzar al *Esk* en Montevideo. Después de permanecer en la rada siete días⁷², llevó a Rosas y algunos que se le reunieron (Echagüe, Gerónimo Costa, el coronel Manuel Febre, el sargento José Machado) hasta el *Conflict*, vapor de guerra que debía alcanzar al *Esk* en Pernambuco, y en caso de no poder hacerlo, llevarlo a Inglaterra⁷³.

⁷⁰ “Cuando sus sargentos le pedían balas y ya no las había, Chilavert les hacía recoger los proyectiles esparcidos para que hiciesen los últimos tiros. Y cuando ya no quedaba nada con que hacer fuego y los soldados se batían como podían, encontró todavía un proyectil, y rasgándose el poncho le ordenó al sargento Aguilar que cargase por última vez el cañón. El mismo Chilavert hizo la puntería al blanco certero que le presentó una columna brasilera...” (Saldías).

⁷¹ Conforme al plan preparado por Honorio, el ejército *pequeno* de Caxias debió desembarcar en la costa de Buenos Aires. A pesar de la desertión de algunos alemanes —trabajados por agentes de Rosas, según Honorio—, Caxias estuvo dispuesto en Colonia desde el 31, ante la aproximación del ejército *grande* y la inminencia de la batalla. Toda la escuadra de Grenfell estaba allí. El primitivo plan (un desembarco doble, en las Conchas y Ensenada) fue abandonado para concentrarse en las Conchas y atacar por retaguardia al ejército que suponíase en Santos Lugares.

Al saberse que Rosas había movido sus tropas hacia Morón, Caxias ordenó el embarque a mediodía del 3. Como llegó al atardecer la noticia de la victoria, la operación quedó suspendida.

“No fue preciso llevarse a efecto la expedición del segundo contingente —informa Honorio a Paulino el 4— al frente del cual estaba el conde de Caxias. El conde tenía dispuesto desde el 31 para embarcar a toda la fuerza y llevarla en dos horas. Como los vapores de guerra eran insuficientes, se había fletado el vapor oriental *Río Uruguay*, y era su intención fletar también el *Río da Janeiro* (buque mercante). Pero todo quedó sin efecto al llegar las noticias entre ayer y hoy” (*missão Carneiro Leão*).

⁷² La presencia de Rosas y su familia en el *Centaur* se supo el 4. Alsina, al llegar a Buenos Aires el 8 pudo verlo a bordo, en mangas de camisa, mirando cómo los emigrados volvían a Buenos Aires. Le pareció una inconveniencia social que estuviese sin saco en un buque inglés (a pesar de ser febrero), y escribió en el *Comercio del Plata* (número del 12 de febrero): “¿Qué puede alcanzar en punto a conveniencias sociales un hombre que las ignoró toda la vida, y de ignorarlas hizo gala?”.

⁷³ El *Centaur*, que estaba en balizas exteriores, salió la mañana del 9. Acompañaban a Rosas sus hijos Manuela y Juan, la esposa de éste, Mercedes Fuentes Arguibel, y el nieto de Rosas también llamado Juan (que andando el tiempo sería gobernador de Buenos Aires entre 1910 y 1912). Y además Echagüe, Gerónimo Costa, Manuel Febre y el sargento José Machado. Trasbordaron el 10 al *Conflict* a la altura del banco inglés, que zarpó el 11. El 4 de marzo llegó a Bahía. Al no encontrar al *Esk*, siguió a Plymouth, donde arribó el 25 de abril.

La noticia de la caída de Rosas significó un alza en los bonos del empréstito, que de 20 saltaron a 70 en la bolsa de Londres (Ferns). Se suponía que el gobierno próximo los pagaría con creces, como sucedió.

Rosas fue recibido con salvas de honor (que produjeron una interpelación en la cámara de los lores; Northumberland, jefe del gabinete, se hizo responsable por saludar con salvas “a quien fue jefe de Estado”). Rosas sólo llevaba 745 onzas de oro, y fue a vivir a un hotel de Southampton; más tarde con algún dinero proveniente de la venta de su estancia *San Martín* en Cañuelas, alquiló una casa

9. DESPUÉS DE CASEROS (1852)

La aurora de la libertad.

“Cuando cayó Rosas —dice Hortelano— no dio esta población muestras de alegría, al menos tantas como se debía esperar de un pueblo que ha estado veintidós años sufriendo una espantosa tiranía y que le viene la libertad cuando menos lo esperaba y sin contribuir en nada para obtenerla. Antes al contrario, ya el tirano estaba derrotado y se había refugiado en la ciudad para, desde ella, embarcarse, y la guardia nacional seguía en los cantones esperando la orden para defender al tirano que estaba impotente para tiranizar”.

allí; en 1858 arrendaría una pequeña propiedad rural cerca de Southampton —*Burgess Farm* en Swanthling— para vivir del trabajo campero, el único que sabía. Moriría en Swanthling el 14 de marzo de 1877.

En 1857 la legislatura de Buenos Ajos votó una ley que declaraba a Rosas “*reo de lesa patria por la tiranía que ejerció sobre el pueblo durante todo el período de su dictadura violando hasta las leyes de la naturaleza y por haber hecho traición en muchos casos, a la independencia de su patria, y sacrificado a su ambición, su libertad y sus glorias*”. En su artículo ordenaba su procesamiento “por los delitos ordinarios que ha cometido”, indemnizándose “a los perjudicados por las persecuciones y familiares de los individuos mandados asesinar por el tirano” con los “bienes del tirano que se venderían en subasta”.

El debate de la ley es instructivo: “Debo recordar a la cámara —decía *Emilio Agrelo* en la cántara de diputados el 1 de julio de 1857— que nuestra historia puede poner en duda si el pueblo de Buenos Aires ejecró o no a Rosas después de su caída, y esto sería un deshonor, un baldón, una fea mancha para las páginas que se escriban en los días felices de su libertad”.

Félix Frías, en la misma sesión “Condenar a Rosas es inútil. Puede ser más funesto, si va más lejos... Pongamos orden en la familia, señores. A Rosas lo trajo la anarquía: las facciones destrozaron esta república, y es seguro que las facciones la destrozarán otra vez si no prevalece una política de olvido, de tolerancia, de paz”.

Nicanor Albarellos: “Rosas, señor, ese tirano, ese bárbaro, así bárbaro y cruel, no era considerado lo mismo por las naciones europeas y civilizadas, y ese juicio de las naciones europeas y civilizadas, *pasando a la posteridad, pondrá en duna, cuando menos, esa tiranía bárbara y execrable que Rosas ejerció entre nosotros. Es necesario, pues, marcar con una sanción legislativa declarándole reo de lesa patria para que si quiera quede marcado este punto en la historia*, y se vea que el tribunal más potente, que es el tribunal popular, que es la voz del pueblo soberano por nosotros representado, lanza al monstro el anatema llamándole traidor y reo de lesa patria... *Juicios como éstos no deben dejarse a la historia... ¿Qué se dirá, qué se podrá decir en la historia cuando se viere que las naciones más civilizadas del mundo, para quien nosotros somos un punto... han reconocido en ese tirano un ser digno de tratar con ellos?, ¿que la Inglaterra le ha devuelto sus cañones tomados en acción de guerra, y saludado su pabellón sangriento y manchado con sangre inocente con la salva de 21 cañonazos?... Ese hecho conocido en la historia, será un gran contrapeso, señor, si dejamos a Rosas sin este fallo. La Francia misma que inició la cruzada en que figuraba el general Lavalle, a su tiempo también le abandonó, trató con Rosas y saludó su pabellón con 21 cañonazos... Yo pregunto, señor, si este hecho no borrará en la historia todo lo que podamos decir, si dejamos sin un fallo a este monstruo que nos ha diezmando por tantos años... No se puede librar el juicio de Rosas a la historia, como quieren algunos... Es evidente que no puede librarse a la historia el fallo del tirano Rosas... ¡Lancemos sobre Rosas esto anatema, que tal vez sea el único que puedo hacerle mal en la historia, porque de otro modo ha de ser dudosa siempre su tiranía y también sus crímenes... ¿Qué se dirá en la historia, señor?, y esto sí que es hasta triste decirlo, ¿qué se dirá en la historia cuando se diga que el valiente, general Brown, el héroe de la marina en la guerra de la independencia, era el almirante que defendió los derechos de Rosas? ¿Qué se dirá en la historia sin este anatema, cuando se diga que este hombre que contribuyó con sus glorias y talentos a dar brillo a ese sol de Mayo, que el señor diputado recordaba en su discurso, cuando se diga que el general San Martín, el vencedor de los Andes, el padre de las glorias argentinas, le hizo el homenaje más grandioso que puede hacer un militar legándole su espada? ¿Se creará esto, señor, si no lanzamos un anatema contra el tirano Rosas? ¿Se creará dentro de 20 años o de 50, si se quiere ir más lejos, a eso hombre tal como es, cuando se sepa que Brown y San Martín le servían fieles y le rendían los homenajes más respetuosos a la par de la Francia y de la Inglaterra? No, señor: dirán, los salvajes unitarios, sus enemigos, mentían. No ha sido un tirano: lejos de eso ha sido un gran hombre, un gran general. Es preciso lanzar sin duda ninguna ese anatema sobre el monstruo... ¡Ojalá hubiéramos imitado al pueblo inglés que arrastró por las calles de Londres el cadáver de Cromwell, y hubiéramos arrastrado a Rosas por las calles de Buenos Aires!... Yo he de estar, señor Presidente, por el proyecto. Si el juicio de Rosas lo librásemos al fallo de la historia, no conseguiremos que Rosas sea condenado como tirano, y si tal vez que fuese en ella el más grande y más glorioso de los argentinos”.*

Carlos Tejedor hizo notar que eran los emigrados por Rosas quienes se oponían a condenar a Rosas (“la tiranía no es un hombre, sino una época; y por lo mismo que en Rosas veo una época, no quiero el juicio de Rosas”).

Rufino de Elizalde, antiguo contertulio de Palermo y ahora tremendo antirrosista, le contestó que “los emigrados se fueron a comer el pan amargo de la proscripción saturado con vino champagne y buenas ostras” (*Tejedor*: No hemos tenido champagne). *Elizalde*: Lo habrán tenido otros.

Pastor Obligado: “¿Quién se ha de acordar después de algunos años que el general San Martín le legó su espada a Rosas?...”.

Albarellos: “Es lo único que quedará, precisamente” (sesión del 1 de julio).

La ley quedó aprobada el 29 de julio.

Conforme a la ley, el juez Sixto Villegas lo condenó, sin defensa de Rosa el 17 de abril de 1861 a “ser ejecutado, obtenida su persona, en Palermo de San Benito, último foco de sus crímenes”. Entre los delitos estaba “la humillación del país ante el exterior, a donde por primera vez se dejó llevar cautivo el pabellón”. Confirmada por la cámara de justicia (doctores Alsina, Carrasco, Font y Barros Pazos) el 2 de diciembre, hubo observaciones, porque no se podían considerar comunes, como decía la ley, los delitos cometidos por Rosas como gobernante. Sometido el juicio a una tercera instancia (doctores Carreras, Pico, Salas y Cárcova) encontraron que a pesar “de no haberse adelantado las investigaciones de los crímenes comunes que Juan Manuel de Rosas ha cometido o hecho cometer”, era pública fama que en abril de 1842 “fueron asaltadas muchas casas de esta ciudad, y hasta azotadas maltratadas las señoras que había en ellas, rotos y robados los muebles y alhajas, y asesinados en las calles y plazas públicas 17 individuos” que *debieron* serlo por orden de Rosas. En consecuencia, confirmaba “la pena de muerte con calidad de alevé”. Pese a señalarlo la sentencia, no se pidió por exhorto su detención a Inglaterra, tal vez por lo endeble de la prueba de cargo.

Rosas pasó por alto los “horrendos crímenes” que le imputaba la ley de 1857, pero formuló una protesta —editada en Londres el 20 de setiembre de 1857 en español, inglés y francés— por el de ladrón que le habían hecho los legisladores. Demostró el estado de su patrimonio al llegar al gobierno, y el origen de cada una de sus propiedades que le habían sido expropiadas. “En veinte años que la prensa del mundo sirvió a mis enemigos —dice dolido— a nadie ocurrió imputarme el de robador del tesoro público”.



GENERAL JUSTO JOSÉ DE URQUIZA
Óleo de autor anónimo, 1845. Museo Histórico Nacional.

Escenas de sangre se sucedieron en el campo de batalla. El coronel oriental León Palleja, o sus tropas, dieron muerte en la casa de Caseros al médico y poeta Claudio Mamerto Cuenca por el solo delito de atender a los heridos federales⁷⁴; al atardecer Martín Santa Coloma era apresado en el camino de Santos Lugares y degollado por orden de Urquiza⁷⁵. Chilavert, que entregó su espada en su batería, será llevado ante Urquiza que lo reclamaba; después de una conversación a solas, Urquiza descompuesto de ira ordenó que lo fusilaran por la espalda⁷⁶. Los integrantes del regimiento sublevado en el Espinillo fueron colgados de los árboles de entrada de Palermo donde Urquiza instaló su residencia. Los infantes del ejército de Rosas, que eran orilleros y menestrales, fueron apresados en número de 10.000 y retenidos prisioneros hasta después del desfile de los vencedores. La “aurora de la libertad y la civilización” titulaba Alsina su último editorial en el *Comercio del Plata*.

En la tarde del 3 y noche del 3 al 4, muchos dispersos de la batalla, vencidos y vencedores, aprovecharon que Mansilla había concentrado la guardia nacional en el centro de la ciudad, para saquear las casas de negocio y de familia⁷⁷.

La tarde del 3 el cuerpo diplomático fue a pedirle a Urquiza que mantuviese el orden en la ciudad, pero ocupado en otros menesteres no pudo recibirlos. El 4 a la mañana, como el saqueo seguía, el obispo Escalada, Vicente López y los ministros extranjeros, consiguieron entrevistar a Urquiza. Éste reconoció a López —por ser presidente de la cámara de justicia— como la más alta autoridad de la provincia y le encomendó, junto con Mansilla, que reprimiese el desorden.

Recurriendo a la última pena, los milicianos y vecinos, ayudados por la policía, pudieron contener los desmanes que se prolongaron dos días. No tuvieron carácter político. Eran latrocinios motivados por la anarquía sobreviniente.

La *Gaceta Mercantil* dejó de salir. El *Diario de Avisos*, después de un prudente silencio, sacó una hoja participando “el cambio partidario por medio del cual las libertades, el orden, las instituciones y las garantías que habían desaparecido, vuelven a la antigua regularidad. El *Diario de Avisos* vuelve a reaparecer libre ya de la cuchilla siempre levantada del tirano”. No esperó mucho *El Agente Comercial*, que anunció el 6, por pluma de su redactor y principal propietario. Benito Hortelano; “Ha caído el tirano más ominoso de los siglos”; poco después cambiaba su nombre en *Los Debates* con la dirección del teniente coronel Bartolomé Mitre que acaba de llegar a Buenos Aires en las filas vencedoras⁷⁸.

Desquite de Ituzaingó

La extensión del campo de batalla hizo que en un primer momento se lo denominase confusamente: *Morón*, porque ocurrió en las inmediaciones de este pueblo y junto al arroyo de ese nombre; los brasileños lo llamaron *Caseros* o *Monte Caseros* porque habían combatido contra las defensas de la quinta y palomar de Caseros.

Un comunicado de Urquiza adoptará definitivamente el nombre *Caseros*, dando la gloria a la división de Marquez de Souza.

Caseros fue el desquite esperado de Ituzaingó. No llegaba muy limpiamente, pero ahí estaba. Con orgullo Caxias redactó el 12 el parte de batalla al ministro de guerra Souza e Mello: “... la citada 1a. División formando parte del ejército aliado que marchó sobre Buenos Aires, hizo prodigios de valor *recuperando el honor de la armas brasileñas perdido el 20 de febrero de 1827*”.

⁷⁴ Se dijo que Cuenca no era partidario de Rosas y en sus bolsillos se encontraron poesías contrarias a éste. Prestaba servicios en la sanidad, instalada en la casa-quinta de Caseros.

⁷⁵ Una tradición, que recojo en *Nos los representantes del pueblo*, dice que Urquiza obró a instigación de Seguí que vengaba una rivalidad amorosa. El cadáver del héroe del Quebracho fue mutilado por el secretario de Urquiza.

⁷⁶ Chilavert fue llevado a Palermo, donde Urquiza lo recibió afablemente. No se sabe qué conversaron a solas, pero Urquiza descompuesto de ira salió ordenando “¡que lo fusilen por la espalda! ¡por la espalda!” (Saldías).

El coronel fue tomado por los brazos y llevado a algunos metros de la casa. “Un oficial quiso asirlo para ponerlo de espaldas —dice Saldías—... fue a dar a tres varas de distancia y Chilavert dominando a los soldados, golpeándose el pecho y echando atrás la cabeza, les gritó: ¡Tirad, tirad aquí! Los soldados bajaron los fusiles. El oficial los contuvo, pero un tiro sonó. Chilavert tambaleó y su rostro se cubrió de sangre. El prodigio de la voluntad lo mantenía de pie. El oficial y los soldados quisieron asegurar a la víctima. Hubo una lucha espantosa, salvaje. Las bayonetas, las culatas y la espada fueron los instrumentos de martirio que postraron al fin a Chilavert... Envuelto en su sangre, con la cabeza partida de un hachazo y todo su cuerpo convulsionado por la agonía, hizo todavía el ademán de llevarse la mano al pecho. Era el “¡tirad aquí! ¡tirad aquí!”.

César Díaz, jefe de la División Oriental, cuenta en sus *Memorias* “que el general en jefe no había tenido intención de fusilarlo, pero que habiendo sabido que Chilavert había dicho que tenía la conciencia de haber servido a la independencia del país sirviendo a Rosas, y que si mil veces se encontrase en igualdad de circunstancias, mil veces obraría del mismo modo, lo mandó a matar así”.

Urquiza se negó a entregar el cadáver a la familia, y quedó tirado a pocas varas de la puerta de entrada de la presidencia. Sólo pasado algún tiempo pudo ser recogido por los suyos.

⁷⁷ Fueron reclutas en retirada del ejército de Rosas y dispersos de la caballería de Urquiza. Dice Hortelano que “los soldados del ejército norteamericano que daban guardia a su cónsul (se bajó marinería para custodiar las legaciones), viendo que estaban saqueando una platería inmediata, acometieron a los ladrones dejando tendidos a dos, lo que dio ánimo a los vecinos extranjeros para armarse y lanzarse a la calle en persecución de los ladrones”.

⁷⁸ “Al día siguiente —6 de febrero— (dicen la *Memorias* de Hortelano) salió el número completo iniciando una política arreglada a la nueva situación, anatomizando lo que cuatro días antes habíamos santificado. ¡Así es y será en los tiempos y en todas las naciones la prensa! Hacer bueno hoy, lo que ayer era malo y viceversa. Como era consiguiente, y yo lo esperaba al aconsejar la continuación del diario, éste tomó una popularidad extraordinaria. Era el único diario... Había venido con el ejército un joven precedido de alguna fama como periodista y hombre de esperanzas: el comandante Bartolomé Mitre, a quien encomendamos la dirección del diario con la asignación de 4.000 pesos mensuales. Propuso el cambio de nombre de *El Agente* por *Los Debates*, para que no tuviese ningún punto de relación con las doctrinas que *El Agente* había sostenido”.

La entrada de los vencedores (20 de febrero).

Urquiza fijó la entrada triunfal para el 8, después la postergó al 19 para darle más brillo, y finalmente la realizó el 20⁷⁹.

Prefiero suponer que Urquiza y los suyos no se dieron cuenta del significado de la fecha. Según Barroso, Urquiza quiso suspender, a pedido de Mansilla, el desfile de los brasileños para evitar “manifestaciones desagradables”, pero Marquez de Souza se mantuvo firme: “a vitoria desta

campanha e uma vitoria de Brasil, e a Divisão Imperial entrará em Buenos Aires com todas as honras que lhe sao devidas, *quer V. Excia. ache conveniente ou não*”⁸⁰. Urquiza debió inclinarse — ¡se inclinaria tantas veces desde ahora!— y cortó prudentemente la discusión entre Mansilla y Marquez de Souza: “El señor general Mansilla piensa de un modo, el señor brigadier Souza de otro” (*Barroso*). No se habló más del asunto.

Caxias y Marquez de Souza quisieron llevarse de Buenos Aires las banderas de ituzaingó que estaban en la catedral. Urquiza se inclinó, pero —tal vez para salvar su responsabilidad— pidió que le llegase una orden directa del emperador.

No se hizo la devolución porque Pedro II, contra el parecer de su gabinete, no lo juzgó prudente. “Tocar a esas reliquias sería impopularizarse, justificar una sublevación del sentimiento público, herir una legitima susceptibilidad nacional que al gobierno imperial no conviene”, le habría dicho Andrés Lamas⁸¹.

Llegó el día del desfile. Su recorrido se fijó por la calle del Perú (Florida) desde la plaza de Marte (San Martín) a la plaza de la Victoria (de Mayo); allí lo presenciarían las autoridades provinciales, el obispo, los diplomáticos (entre ellos Honorio llegado de Montevideo el 8). Las tropas pasarían bajo un arco triunfal, para volver por el bajo a Palermo.

Se tomaron todas las precauciones. El terror no dejaba la posibilidad de desórdenes: todavía estaban los cadáveres de los federales pudriéndose en los árboles de Palermo y el cuerpo de Chilavert a la intemperie. Hasta el 19 los fusilamientos fueron continuos, a pretexto de desórdenes que se habían dejado de cometer el 5. Preventivamente, se mantenían presos los 10.000 hombres de la infantería rosista, tomados en Caseros, “toda gente de condición inferior —dice Sarmiento— y he aquí, pues, las masas populares interesadas por los afectos de esos individuos, cuya suerte les llenaba de incertidumbre”.

“Habla una mañana con una persona que había venido de la ciudad —dice César Díaz— cuando empezaron a sentirse muchas descargas sucesivas. *¿Qué fuego es ése? Debe ser ejercicio*, dije yo sencillamente, que tal me había parecido. *¿Qué ejercicio ni qué broma!* —dijo—, es que están fusilando gente”⁸².

El mal humor de Urquiza, que según Sarmiento y César Díaz fue constante en la campaña y el día de la batalla —dice el primero—, lo llevó a “obrar con desgano, como si no tuviera interés en el triunfo”, llegará a su paroxismo en el desfile.

No lo pudo impedir, pero trató de restarle brillo y recurrió a una artimaña para que los brasileños no desfilasen. Les informó la hora equivocada —la una de la tarde en vez de las doce del día—⁸³. No se presentó de gala a la plaza de Marte como si ese día no fuese de fiesta. Montado en un caballo de la marca de Rosas —“un magnífico caballo ensillado con recado” dice Sarmiento—, con poncho y galera de pelo para lucir un ancho cintillo punzó de cuatro dedos⁸⁴, ordenó el desfile aunque los brasileños no estuviesen.

Con atavío desconcertante, su perro Purvis corriendo a su lado y seguido de su guardia de bombachas y gorros de manga, apuró rápidamente la marcha; poco menos que al galope recorrió el corto trayecto (en la esquina de Corrientes la madre del coronel Paz, inmolado en *Vences*, le gritó *¡asesino!*): “por gravedad o encogimiento —dice Sarmiento— el general afectaba una tiesura imperturbable, sin volver la cabeza a uno u otro lado”. No quiso ir al estrado de la Catedral, donde le esperaban las autoridades y diplomáticos. “Permaneció serio y como empacado” en el arco de la Recoba, que se había adornado como arco de triunfo y bajo el cual desfilaron los vencedores.

⁷⁹ Como alguno ha querido polemizar sobre la fecha de la entrada del ejército invocando el decreto oficial que la fija en el *19 de febrero*, y los recuerdos veinte años posteriores de un pastor norteamericano que la presenció, quiero confirmar que el desfile *se realizó el 20*, “porque el 19 llovió torrencialmente” explica Sarobe (*El general Urquiza*, II, 197); César Díaz, jefe de la División Oriental, dice en sus *Memorias*, y por dos veces, que “el desfile no pudo verificarse hasta el 20” (p. 280), y “el 20 como he dicho, tuvo lugar el desfile” (p. 283). Sarmiento, que también desfiló, recuerda Urquiza en la *carta de Yungay* del 13 de octubre de 1852 “la ovación *del 20 de febrero* tan franca, tan cordial, pero tan digna del pueblo de Buenos Aires”; también en la 5ª carta de las *Ciento y una* amonesta a Alberdi por no haber estado en Caseros ni presenciado el desfile porque “para aspirar un día a ser hombre de Estado, *es preciso el 20 de febrero haber mirado el horizonte desde Buenos Aires*”. Que no pudo realizarse el desfile el 19 y se efectuó el 20 lo dicen la mayoría de los historiadores, aun los más crudos urquicistas: Saldías (*Historia de la Confederación Argentina y Un siglo de instituciones*), Luis Alberto de Herrera (*Buenos Aires, Urquiza y el Uruguay*), que al describir la entrada de los brasileños en Montevideo el 20 de febrero de 1865, después de la inmolación de Paysandú, comenta “la singularidad ingrata que también después de Caseros, en el *aniversario de Ituzaingó*, desfilaron por la plaza de la Victoria, frente a la catedral que atesora los trofeos de aquel gran día de 1827, las tropas imperiales alcanzando satisfacción parecida a la que trece años después sancionaría idéntico doloroso desfile por las calles de Montevideo otro 20 de febrero”, Abel Cháneton (*Vélez Sarsfield*), “que un decreto había fijado como fecha del acontecimiento (el desfile) el 19 de febrero, declarando feriado ese día y los dos subsiguientes. Pero *el 19 llovió y hubo que postergar la ceremonia un día más. El 20 fue, en efecto, el día de la recepción*, o para decirlo en el lenguaje de la época, un día de triunfo”. Etc.

⁸⁰ “La victoria de esta campaña es una victoria de Brasil, y la división imperial entrará en Buenos Aires con todas las honras que le son debidas, hállelo V.E. conveniente o no” (G. Barroso, *A guerra de Rosas*).

⁸¹ Pedro S. Lamas, *Etapas de una gran política*.

⁸² *Memorias* citadas. Dice Hortelano que el número de víctimas entre el 5 y el 19 fue de 500; Díaz rebaja la cifra a 200.

⁸³ C. Díaz, *Memorias*.

⁸⁴ Era una protesta contra el decreto de López y su ministro Alsina del 15 aboliendo el uso de la divisa punzó. Como veremos, Urquiza volvió a restablecer la divisa en el bando del 21.

Grandiosa fue en cambio la entrada de los demás cuerpos: César Díaz, Lamadrid y los jefes unitarios recibieron ovaciones; algo menos sostenidas para Virasoro, Juan Pablo López y los federales.

Los brasileños entraron majestuosamente. No obstante llegar con una hora de retraso a la plaza de Marte y haberse terminado la ceremonia, Marquez de Souza, que venía de gran gala, ordenó impertérrito tomar la calle del Perú precedido por las charangas y las banderas verde y oro del Imperio. Tal vez pensaba en un recibimiento hostil. Algo hubo en las primeras cuerdas, oyéndose silbidos al cruzar la calle del Temple (Viamonte)⁸⁵. Pero todo fue glorioso desde Corrientes en adelante: flores que caían sobre los brasileños, ovaciones al paso de las banderas, efusiones de toda índole que desconcertaron agradablemente al bravo brigadier. “*Não me lo esperaba*”, comentará a Sarmiento esa noche.

Hubo un momento de emoción al pasar los brasileños bajo el arco de triunfo de la plaza de la Recoba que tantas veces había servido a los ejércitos argentinos: los aplausos, los vítores, las ovaciones pusieron un digno marco al augusto momento. Honorio, en el palco de la catedral, se exaltó por el gran triunfo de los suyos⁸⁶. Urquiza quedó silencioso, junto a él, y acabada la ceremonia volvió rápidamente a Palermo por el bajo.

Honorio en Buenos Aires (8 de febrero).

A las 9 de la noche del 5, Honorio se embarcó en el *Paraense* para gozar del triunfo en Buenos Aires y pedirle a Urquiza que le diese una mano en los asuntos orientales. Porque se anunciaba que los *blancos*, que formaban la mayoría de la asamblea oriental, no votarían como presidente a Herrera e impondrían un candidato de su partido.

No fue afortunado el viaje del *Paraense*. Encalló, y Honorio debió quedarse en medio del río el 6 y 7. Sólo el 8 pudo traspasar al *Río Uruguay*. Al anochecer llegará a Buenos Aires.

La demora no le permitió impedir “las condiciones que Urquiza impuso a los vencidos, que yo hubiera deseado fuesen con moderación y humanidad”. Encontró mal ambiente contra Urquiza en el ejército “sospechado por algunos de proceder por odio o prevenciones particulares”. Va a Palermo el 9, pero siente tanta repugnancia por los cadáveres pendientes de los árboles de entrada, que “a la vista de tales hechos, sólo hablé para cumplimentar al general Urquiza y felicitarlo por la victoria que alcanzaron las fuerzas aliadas”.

Cobrando impulso vuelve a Palermo al día siguiente. Habla que el partido blanco negaba validez a la ratificación hecha por Suárez de los tratados y se corría el peligro que si triunfaba un candidato blanco “hubiese complicaciones”. Recuerda que Urquiza estaba obligado a ayudar al Imperio: Brasil había cumplido con él llevándolo a Buenos Aires, y Urquiza debía cumplir con Brasil. Ocurre entonces un *incidente desagradavel* (lo califica Honorio en sus notas a Río de Janeiro):

Urquiza lo interrumpe: “Brasil había conseguido mucho con la victoria porque había asegurado la corona en la cabeza del emperador”.

Honorio: “¿Cómo? ¿En la guerra que emprendimos se jugaba la corona del emperador?”.

Urquiza pareció afirmarlo diciendo que “Rosas pretendía revolucionar a Brasil, que estaba en relación con mucha gente de opinión, y que a él (Urquiza) se le habían hecho aperturas por brasileños que querían cambiar la forma de gobierno, que debíamos estar con cautela”, etc.

Honorio: “Respondí que en la guerra que hicimos no se trataba de asegurar la corona imperial; las cuestiones que se ventilaban era la independencia del Estado Oriental que Rosas deseaba absorber, la reparación de las violencias, robos y asesinatos cometidos por Oribe contra brasileños, y las exigencias extravagantes con que Rosas pretendía humillarnos. Que hubiéramos aceptado la lucha que se nos provocaba aunque no hubiéramos encontrado aliados; podría haber sido entonces larga y dispendiosa, pero si desgraciados en una batalla, no por eso perderíamos coraje; daríamos otras, y si en todas fuésemos infelices, no por eso cambiaría la forma de gobierno de Brasil. Cuando mucho se acabaría la independencia del Estado Oriental y perderíamos más o menos territorio de la provincia de Río Grande, porque a la capital del Imperio no podrían llegar los caballos”.

“Después de algunas palabras de parte a parte sobre este punto, volvimos a la cuestión, y el general me aseguró que haría todo cuanto dependía de él para que el Brasil quedase satisfecho de la alianza, y la paz que con ella habíamos conseguido no se alterase”⁸⁵.

La verídica e irreverente apreciación de Urquiza, mostraba que el *Libertador* no se sentía ahora el instrumento dócil que Honorio encontró en Guleguaychú. Estaba en Palermo, en la residencia de Rosas y hablaba casi el lenguaje de Rosas.

No obstante la cordial despedida, Honorio salió con aprensiones.

Los blancos en el gobierno oriental (17 de febrero).

El 12 de febrero se reúnen en sesiones preparatorias las dos cámaras que forman la asamblea oriental. La de

⁸⁵ Dice Barroso que Marquez de Souza ordenó tocar atención “y los silbidos murieron en el aire”. No documenta el aserto; ni tampoco la reacción de Urquiza porque a un jefe extranjero se le ocurría ordenar una carga en Buenos Aires.

⁸⁶ “Tal vez pensó el *Indoblegable* lo que hubiera ocurrido en Río de Janeiro si una división argentina quisiese desfilarse victoriosamente en la capital y pasar con sus banderas desplegadas bajo el arco de Ipiranga” (*La caída de Rosas*).

Poco o nada se dice en la historia académica argentina de lo que fue, en realidad, la guerra terminada en Caseros. Eso ha permitido algunas planchas de quienes se guían por ella. Beverina al apostillar en su *Guerra del Paraguay* los informes del brasileño Jourdan, coloca un signo de admiración y otro de pregunta después de esta frase: “(Jourdan) ...aplica al vizconde de Porto Alegre (Marquez de Souza) el título de *vencedor de la batalla de Caseros* (!)”. Barroso le dice: “Nosotros estamos en el Brasil en la dulce ilusión que la división brasileña de Manuel Marquez de Souza fue la que decidió la batalla de Caseros. Y aun cuando su papel no hubiera sido el principal, Porto Alegre fue uno de los vencedores de la guerra y pudo ser llamado por Jourdan vencedor. Sabemos perfectamente que no habiendo jamás un general argentino derrotado a nuestras tropas en los suburbios de Río de Janeiro, y desfilado triunfalmente en ésta a banderas desplegadas, al compás de su música, aunque fuera junto a revolucionarios nuestros, no es nada agradable para nuestros amabilísimos vecinos que Porto Alegre haya tenido esa gloria” (*A guerra do Rosas*).

⁸⁷ Reconstruyo el diálogo sobre la base de la *confidencial secretísima* de Honorio a Paulino del 4 de marzo (*missão Carneiro Leão*, obrante en Itamaraty y repr. en *La caída de Rosas*), Los entrecomillados son textuales.

senadores elige presidente al blanco Bernardo Prudencio Berro. El 15 el presidente *de facto* de la república Joaquín Suárez, inaugura la asamblea. Lee un mensaje redactado por Herrera.

Historia la Defensa, los “respetables medios” de la intervención anglo-francesa que no aminoraron “el honor y los intereses nacionales”. Llega al tema candente de los tratados de octubre, “bases y condiciones de la alianza”, que “arreglaron la navegación de los ríos interiores sobre bases anchas y liberales, convencionaron las relaciones comerciales y de buen vecinaje en un pie de igualdad y equidad y diseñaron los límites con desprendimiento, etc.”.

El blanco Muñoz mociona que el presidente del senado se hiciera cargo del ejecutivo “conforme a la constitución, pues el gobierno que acaba de leer esa memoria no es de derecho”. Suárez y Herrera tratan de oponerse, pero no los dejan opinar porque no son miembros de la asamblea; su cometido ha terminado al inaugurar las sesiones. Berro jura inmediatamente y toma posesión de la presidencia. Debía aprovecharse, rápidamente, la ausencia de Honorio y que el ejército de Caxias estaba todavía en Colonia.

Herrera, cesante en el ministerio, ve perdida su candidatura presidencial: “Carneiro Leão que fue a Buenos Aires aún está allá —se lamenta a Lamas el 19— y el general Urquiza se muestra, por lo menos, indiferente a lo que pasa por acá. ¿Será rudeza o maldad?”.

“Memorándum” de Honorio (16 de febrero).

Honorio ha redactado una *memoria* que entrega a Urquiza el 16, recordándole sus compromisos.

Los términos son fuertes. “Las complicaciones que pueden sobrevenir por la mudanza política en el Estado Oriental, nacen esencialmente de las concesiones del 8 de octubre hechas al partido beligerante contra el cual marchábamos los aliados”. Brasil pudo rehusar su asentimiento, pero no lo hizo “para dar prueba de un espíritu de moderación y amistad”. Exige que Urquiza manifieste igual amistad hacia Brasil.

Al día siguiente —17— Luis José de La Peña⁸⁸, ministro de relaciones exteriores de Buenos Aires (López como gobernador tiene a su cargo a éstas), visita a Honorio. Va a pedirle en nombre de Urquiza el retiro, amigable, del párrafo sobre la capitulación del 8 de octubre. Honorio acepta, siempre que en la respuesta constase claramente que Urquiza empleará su influencia para que las autoridades orientales cumplieren “los tratados”. Peña lo promete.

Contesta la *memoria* el 22 en nombre de Urquiza (fechándola el 16, el mismo día que Honorio la presentó). *En nombre de Entre Ríos y Corrientes* “se considera en el riguroso deber de obrar conforme a los pactos que contiene la alianza... en el caso que volvieran a interrumpirse las relaciones íntimas de amistad del Brasil y la República Oriental... por una emergencia de la convención del 29 de mayo pp.”.

Honorio comprende la picardía: la nota no contestaba en nombre de la Confederación sino de Entre Ríos y Corrientes, y mencionaba el tratado de alianza del 29 de mayo y no los pactos de octubre. Visita a Urquiza nuevamente el 22.

El gobierno de Buenos Aires: el cintillo punzó (21 de febrero).

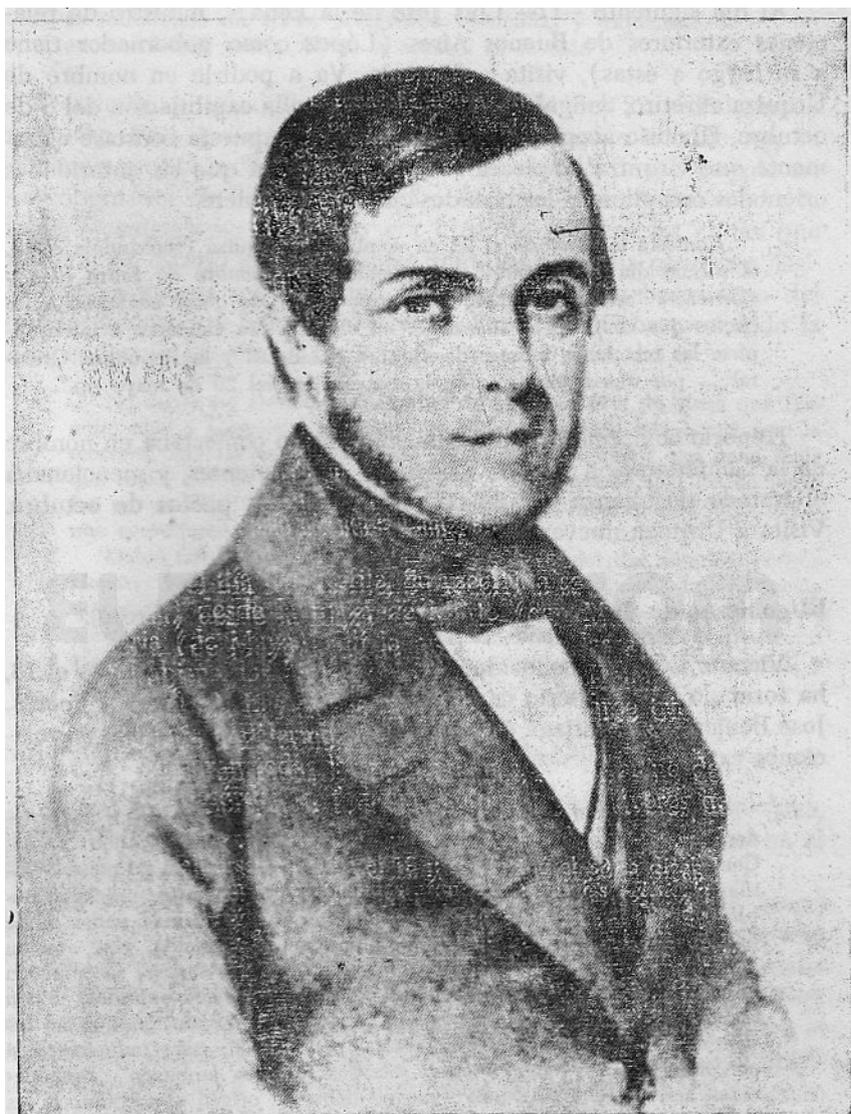
Vicente López, reconocido como autoridad en Buenos Aires el 13, ha formado su ministerio con Valentín Alsina en gobierno y guerra, José Benjamín Gorostiaga en hacienda y Luis José de la Peña en relaciones exteriores.

El primer acto de Alsina fue abolir el uso obligatorio de la divisa federal, declarando “libre el uso o no uso del cintillo punzó” (15 de febrero). Como una protesta contra esa *libertad*, Urquiza desfiló el 20 con el cintillo punzó en la galera de pelo. Y el 21 dio una imperativa proclama hablando de “los díscolos que se pusieron en choque con el poder de la opinión pública y sucumbieron sin honor en la demanda. Hoy asoman la cabeza y después de tantos desengaños, de tanta sangre, se empeñan en hacerse acreedores al renombre odioso de salvajes unitarios, y con inaudita impavidez reclaman la herencia de una revolución que no les pertenece, de una patria cuyo sosiego perturbaron, cuya independencia comprometieron y cuya libertad sacrificaron a su ambición”. Restablecía el uso del cintillo punzó “que no debía su origen al dictador Rosas sino a la espontánea adopción de los pueblos de la República”. “El efecto que produjo en la opinión (*bienpensante*) —dice Sarmiento (entre paréntesis mío)— aquel desahogo innoble, fue como si en una tertulia de damas se introdujese un ebrio, profiriendo blasfemias y asquerosidad anciano López gemía, Alsina se encerró en su casa”.

Desairado y agredido, Alsina va la tarde del 22 a Palermo a renunciar. Pero encuentra a Urquiza excesivamente amable: en su proclama no había “impuesto” el uso del cintillo punzó porque no era gobernador de Buenos Aires para imponer nada. Simplemente lo había recomendado; cada uno era libre de ponerse las cintas que quisiera. En cuanto a lo de *salvajes unitarios* no podía rezar con Alsina que ya no era unitario sino *liberal*, y no debía hacer caso del epíteto; además no había perturbado el sosiego ni comprometido la independencia, ¿no era así?

No debió ser ajena a este cambio de un día a otro, la visita que Honorio hizo a Urquiza la mañana del 22 para pedirle que le aclarase la *memoria* recibida esa mañana. El Libertador le aseguró que nada tenía que temer por los tratados de octubre; y si mencionó sólo los de mayo fue por un error del Dr. Peña. Quedó convenido que Peña le haría llegar una contestación aceptable del *memorándum*.

⁸⁸ *Luis José de la Peña*, nacido en Buenos Aires en 1795, era sacerdote, pero había colgado los hábitos. Emigrado a Montevideo con Julián Segundo de Agüero, de quien era discípulo y amigo, organizó el Instituto superior montevideano que otorgaba títulos universitarios. En 1851 no quiso aceptarle a Silva Pontes la comisión de llevar a Urquiza las instrucciones del 11 de marzo.



Honorio Hermeto Carneiro Leão

El jefe *saquarema* era el hombre de los “hechos consumados”. No era un diplomático sino un político; no sabía diplomatar sino mandar.

Debió hablarse de la proclama de Urquiza del día anterior, porque Honorio informa que “procuré desvanecer (a Urquiza) la prevención que nutría contra la parte de la población argentina en que se debía apoyar (*os salvagens unitarios*)”. Tras Honorio entró Alsina con su furor y su renuncia. Y como Urquiza le dio explicaciones rompió la renuncia y aplacó su furor.

Segundo “incidente desagradavel” (23 de febrero).

Al día siguiente, Honorio va a Palermo con Paranhos a despedirse, pues debe volver a Montevideo. Es recibido por el *Libertador* en el gran salón con rotonda de la Residencia, atestada de gente.

Advirtiendo con desagrado que entre los presentes está Lucas Moreno, que sabe venido de Montevideo a gestionar el rechazo de los tratados, Honorio hace votos a Urquiza por “la paz que debe reinar entre aliados”. Urquiza *en tono alto e bom son* como para ser oído por los muchos visitantes, especialmente por Moreno (dice el informe de Honorio), le responde que “la paz reinará si los brasileños son moderados y no amenazáramos, porque de haber amenazas, él (Urquiza) decidiría por el más débil y a él se uniría”.

Honorio queda impresionado por estas palabras y el tono tan poco diplomático, y no atina a responder nada. Al parecer, Urquiza no ha dado importancia a lo dicho, y se aleja conversando con Paranhos. Honorio se desquita con Moreno recriminándole una nota de los jefes orientales (Moreno entre ellos) que piden a Urquiza “salve a la República Oriental de miras interesadas”, e invita al futuro gobierno “a liberarse de influencias extranjeras”. El coronel se defiende pobremente, “se ha referido a otros extranjeros y no a los brasileños”. Honorio insiste, porque la nota es sobradamente explícita; además atribuye “la salvación de la República Oriental a Urquiza callando a Brasil”; acusa que “los blancos tienen la intención de rechazar los tratados o archivarlos indefinidamente”, y eso no lo habría de permitir.

En el otro extremo del salón, Urquiza conversa con Paranhos. El secretario hablaba de los tratados explicando —como lo había hecho Honorio el 10— que su rechazo dejaría “a Brasil sin premio de la victoria”. Entonces Urquiza repite en voz alta que “Brasil ya ha obtenido mucho *porque ha asegurado la corona en la cabeza del emperador*”, como había dicho en la primera conferencia.

Hay un silencio general. Se oye, enérgica, la voz de Honorio; y después un inverosímil diálogo de un extremo al otro del salón:

Honorio: “¡La corona imperial está sustentada en la opinión de los brasileños!”.

Urquiza (a Honorio): “¡Brasil me buscó para voltear a Rosas, que pagaba periódicos opositores y alentaba el republicanismo...!”.

Honorio: “¡Está engañado, señor, si piensa que la oposición brasileña es republicana! El abuso de prensa que hizo el dictador Rosas no produjo ningún movimiento en las provincias del Imperio contra su gobierno!”.

Urquiza: “¡Rosas hubiese terminado con el emperador y hasta con la unidad brasileña, si no fuera por mí!”.

Honorio: “Los grandes gastos que hizo Rosas en los últimos años de su gobierno para agitar al Imperio con agentes activos y dedicados no llevaron a ningún resultado...”.

Urquiza: “¡Lo cierto es que Brasil ganó la guerra por mi pronunciamiento!”.

Honorio: “¡Las virtudes de nuestro ejército nos permiten creer que no seríamos desgraciados en la guerra, aun solos!”.

Urquiza: “Si yo hubiese quedado junto a Rosas, no habría a estas horas emperador. Luis Felipe también se creía fuerte y tenía un gran ejército, y todo se esfumó en pocos días”.

Honorio: “Los ejércitos que podían disponer Rosas y Vuestra Excelencia no podían llegar al corazón del Imperio. Luis Felipe cayó sin combatir por la debilidad de la vejez y sus errores políticos”.

Urquiza: “¡Yo hubiese derrotado a su ejército en Río Grande, y las insurrecciones internas habrían dado cuenta fácilmente del emperador!”.

Honorio: “Si existen peligros para el gobierno imperial en insurrecciones internas, éstas no hubieran ocurrido habiendo una guerra exterior...”.

Urquiza se descomponde y “*espumando de raiva*” (según Barroso) vocifera:

“¿Entonces Brasil nada ganó con el general del ejército aliado? ¿Nada consiguió y nada hizo éste a favor del Imperio?”.

Honorio: “No quiero quitar nada a la gloria de V.E. por sus victorias contra Oribe y Rosas. Pero no tienen el alcance que V. E. quiere darle.

Reconozco las ventajas para Brasil: nos hemos librado de un mal vecino; de un enemigo atroz y pérfido que no ahorra medios; hemos conquistado amigos y aliados donde antes teníamos solamente enemigos. En gran parte son debidos a V. E. Solamente niego que la corona imperial estuviese en peligro y las victorias la salvaron”.

Urquiza baja el tono. Parece que ha *espumado de raiva* porque Honorio no le atribuye el mérito de salvar al emperador, no por la alusión de que en Brasil “no habría insurrecciones internas haciendo una guerra exterior”. Confirma que “es el mejor aliado y amigo de los brasileños” y una vez más promete su influencia “para mantener las buenas relaciones con el estado Oriental”⁸⁹. Despide cordialmente a los brasileños como si nada hubiese pasado.

A la mañana reciben Honorio y Paranhos la visita de Diógenes Urquiza que en nombre de su padre pide 100.000 patacones, y además “la seguridad verbal de poder contar o no con esa subvención en adelante”.

Honorio, extrañado, informa el 4 de marzo a Río de Janeiro: “Atendiendo... a la conveniencia de darle (a Urquiza) en las circunstancias actuales una prueba de generosidad y de deseo de cultivar la alianza, entendí que no podía rehusarle el favor pedido”.

⁸⁹ Reconstruyo la escena con el informe *confidencial secretísimo* del 4 de marzo, ampliado el 24. Este diálogo es conocido por los historiadores brasileños: Baptista Pereira (*Os ditadores de América*) imagina a Paranhos (futuro vizconde Río Branco) junto a Urquiza “pálido, más sereno, tenía en el rostro marmóreo la dignidad de un patricio romano ofendida por un bárbaro de la Sarmacia”. Barroso (*A guerra do Rosas*) pone en boca de Honorio algunas palabras que debió tomar de los recuerdos de Paranhos porque no figuran en el informe de Honorio: “*El Brasil no teme a los caudillismos bárbaros, sobranle recursos para expulsarlos a chicote*” habría dicho el brasileño, y Urquiza dirigiéndose a Paranhos le comentó: “*¿A chicote! ¿oyó? ¿a chicote! ¿oyó?*”. Entre nosotros, el único que lo menciona es Sarmiento en la *carta de Yungay*: “Tanta aberración he visto en estos años que me sorprende tan poco esto, como si me dijeran que el emperador ha sentado plaza en el ejército suyo (de Urquiza) para corresponderle el servicio que S.E. le hizo *conservándole esa corona que lleva en la cabeza* como tuvo S.E. la petulancia de decirlo en barbas del señor Carneiro Leão, Enviado extraordinario del emperador. Se me caía la cara de vergüenza al oírle a aquel Enviado referir la irritante escena y los comentarios...”.

Extiende una letra por los patacones, pero no promete nada para lo futuro. Hizo mal: hubiera negado todo, o seguido subvencionando a Urquiza, por lo menos hasta la ejecución de los tratados⁹⁰. No era la sutileza psicológica el fuerte de Honorio; otra cosa habría ocurrido de encontrarse Paulino en Buenos Aires.

Después de recibir los patacones, Urquiza exteriorizó una gran simpatía hacia Brasil. El 1 de marzo fue a la rada a despedir a Marquez de Souza y la división imperial que se embarcan de regreso. Saca su espada y dice “que jamás la desvenainará contra el emperador”; regala a Pedro II el caballo que montaba en Caseros como “presente íntimo a S. M. que le hace el general que *más contribuyó* para la victoria de Monte Caseros”⁹¹.

La elección presidencial en Montevideo.

Al llegar el 26 Honorio a Montevideo encuentra a Herrera todavía esperanzado en un triunfo, si se le daba alguna ayuda. Éste le hace decir por Buchental que cuenta en la asamblea —que debe reunirse el 1— 20 votos al firme y necesitaría que Honorio facilitase 20 ó 25 mil patacones “para adquirir cuatro votos necesarios para hacer mayoría”.

Pero Honorio está cansado de Herrera, de Buchental y de dar patacones a todo el mundo. Responde que daría con gusto esa plata para elegir a Florentino Castellanos y no a Herrera⁹².

Ofrece Honorio el dinero y la candidatura a Castellanos, prometiéndole que si consigue elegirlo renunciará a las dos medias leguas en el Cebollatí y Tacuarí y rectificará la línea del Chuy; bastaría una nota de Castellanos “haciendo apelación a la generosidad imperial”. Pero si el elegido fuese otro, “no consentiría que se tocara una vírgula del tratado”. Castellanos nada promete, ni acepta el dinero⁹³.

Llega el 1 de marzo:

Juan Francisco Giró, blanco: 35 votos⁹⁴.
García Zúñiga, Castellanos, Lavalleja: un voto cada uno.
Herrera: ninguno⁹⁵.

Escribe Honorio a Río de Janeiro: “*tudo se desvaneciú como fumo*”. Pero Giró forma un gabinete con Castellanos en gobierno y relaciones exteriores y César Díaz en guerra. Un apolítico y un colorado para dorar a Honorio la píldora de un presidente blanco. Éste se espera “que el nuevo gobierno respetará los tratados” porque está Castellanos “que es hombre serio” y media el pagado compromiso con Urquiza.

Poco le dura el optimismo. El 9 llega la nueva respuesta de Urquiza al famoso *memorándum* del 16 de febrero. Se considera ligado por *los tratados del 29 de mayo y 21 de noviembre*, y dispuesto a cumplirlos, pero... *él no es* encargado de las relaciones exteriores de la Confederación que corresponden al gobernador de Buenos Aires..., sólo de Entre Ríos y Corrientes..., *nada más* podía hacer, *a nada más* están obligados los gobiernos que se unieron”. Además los compromisos lo obligaban, en caso de renovarse la guerra civil en la República Oriental, “*a apoyar la autoridad legal*”⁹⁶.

¿Otra vez Rosas en Palermo?

Honorio, antes de recibir la expresiva respuesta del Libertador, ha mandado el 3 una nota a Castellanos para que los orientales nombren su “comisario”, que junto con el brasileño trazará los límites convenidos en octubre. Castellanos elude con diplomacia: “la cuestión de los tratados se ha de arreglar amigablemente”. No hay *cuestión* de los tratados para Honorio: han pasado en autoridad de cosa juzgada, y así lo notifica a Castellanos. Éste, que es profesor de derecho internacional en el Instituto montevideano, le dice que un *gobierno de facto* como el de Suárez no podía ratificar tratados. Pero “el 4 de noviembre —acepta Honorio la polémica— todos los orientales habían reconocido al gobierno de Suárez”. Es cierto, replica Castellanos, “para administrar provisoriamente, no para hacer actos de disposición; tanto

⁹⁰ Honorio diría en Río de Janeiro a Sarmiento: “*¡Sí, los millones con que hemos tenido que comprarlo para derrocar a Rosas!* Todavía después de entrar a Buenos Aires quería que le diese los cien mil duros mensuales...” (*carta de Yungay*).

⁹¹ “¿Cómo combinar todas esas manifestaciones y protestas de amistad, con el desconocimiento de una obligación tan clara de la alianza? ¿Será mala fe o será ignorancia?”, comenta Honorio a Paulino en *confidencial* del 9 de marzo.

⁹² Florentino Castellanos, abogado apolítico, había permanecido en Montevideo durante el sitio. Dictaba derecho de gentes en el Instituto montevideano.

⁹³ *Confidencial* del 4-3-52. Herrera y Obes había escrito anteriormente a Lamas que “por lo menos” tratase de borrar las dos medias leguas y rectificar la frontera del Chuy para acallar algo la grito de los patriotas orientales contra los tratados.

⁹⁴ Juan Francisco Giró, nacido en Montevideo en 1791 de padres acaudalados, estudió en Europa y Estados Unidos. Tomó parte en el pronunciamiento del cabildo de 1823 contra la ocupación portuguesa, y en 1825 se incorporó a Lavalleja. Opositor de Rivera durante la primera presidencia, dirigió *El Recopilador*. Fue diplomático de Oribe en Europa. En 1844 reside en *Villa Restauración*, y con Eduardo Acevedo y José María Reyes, fundó el Instituto de Estudios Universitarios.

⁹⁵ “Elección presidencial reñida —comenta Herrera a Lamas—; contábamos 20 votos contra 18 *girondinos*. Araucho se dio vuelta, y también Sayago. Esto arrastró a los demás diputados que votaron a Giró. Castellanos era el ahijado de Carneiro Leão. Las indecisiones de este señor han contribuido al triunfo de los blancos... puso dificultades a la entrega de 20.000 patacones para los trabajos presidenciales”.

Honorio explica a Paulino la causa de haber desistido de la candidatura de Herrera y apoyado la de Castellanos: “Mis razones son: 1º) las personales de no haber posibilidad de elegir a Herrera; 2º) el fastidio que me producía este hombre liviano, que perdió una bella situación por su vanidad y nimia credulidad, y que muchas veces me vino con falsedades y mentiras, y muchas veces me engañó haciéndome promesas que después no cumplía; 3º) la convicción de que si fuese electo, mal podía convenir a Brasil encontrándose desconceptuado, aun con fama de sacar partido personal de los contratos que hizo últimamente con Buschental” (*Confidencial* mencionada de 4-4-52).

⁹⁶ “No bien acababa Brasil de elevar con sus tesoros a S.E., S.E. *insinuó* al gobierno de Montevideo que *desconociese* los tratados celebrados con el concurso de S.E. mismo ofreciéndole el apoyo de sus armas... Este negocio se manejó por su hijo Diógenes y el clérigo Peña” (Sarmiento a Urquiza, *La carta de Yungay*).

más, cuando el 4 de noviembre se había convocado a elegir autoridades constitucionales”. Y hay otra cosa: la Confederación Argentina es parte, conforme a la convención de 1828, en la demarcación de los límites orientales. No se había oído a la Confederación.

Ante eso, Honorio no quiere discutir más. No le interesa si la Confederación Argentina es parte o no es parte, no le interesa si los tratados están bien o mal ratificados. Ahí están, y deben cumplirse. Nada más.

Honorio recibe la nota de Urquiza del 6; “¿quiere seguir las pisadas de Rosas?” dice a Río de Janeiro ⁹⁷; pues bien, “defenderemos los tratados con nuestras fuerzas”. El 15, esperando la respuesta, le llega otra noticia de Buenos Aires. Vicente López ha nombrado a Guido ministro de la Confederación para “fijar los límites de Brasil, la Argentina y el Estado Oriental”.

¡El diplomático de Rosas, el mejor conocedor de los derechos argentinos y orientales a las Misiones Orientales, vendrá a sostener la línea de San Ildefonso! Comenta Paulino el 22: “Un presidente del partido de Oribe en Montevideo, y Guido ministro argentino en esta corte, es en verdad un espectáculo curioso”.

Honorio protesta a Buenos Aires por el nombramiento de Guido para demarcar los límites orientales, ya establecidos por el tratado de octubre. Responde Peña que “desea conocer el título del señor Enviado de S.M. el emperador de Brasil para exigir declaraciones sobre actos soberanos y privativos de la Confederación Argentina”.

¿Habrá vuelto Rosas a Palermo? El *Conflict* se acercaba a las costas inglesas, pero su espíritu parecía persistir en el caserón de Palermo. Urquiza no solamente se ha hecho de la casa de Rosas, los caballos de Rosas, la divisa de Rosas: también se ha rodeado de los amigos de Rosas, nombraba los diplomáticos de Rosas, y defendía la integridad e independencia oriental como lo hubiera hecho el mismo Rosas. Para completar la identidad, acaba de hacerse de los enemigos de Rosas, levantando en contra suya a los antiguos unitarios en la cuestión del cintillo punzó.

El 21 de marzo, Castellanos informa oficialmente que *los tratados no serán ejecutados*. El 22 Honorio, en nota *particular y confidencial*, dice que esa declaración “deberá ser sostenida por la fuerza”. Pero el Indolegable se dobla algo y ofrece una transacción: los orientales cumplirían al pie de la letra los tratados, y Brasil renunciaría graciosamente las medias leguas del Cebollati y Tacuarí, y rectificaría la línea del Chuy. Castellanos contesta secamente el 23 que “no entra a discutir concesiones”, y ratifica que “la República Oriental no ejecutará los tratados por inexigibles”.

Paulino desde Río de Janeiro se asombra: “Urquiza não e Rosas” (20 de marzo).

Los otros naipes.

Pues bien. Si Urquiza quería hacer como Rosas, Brasil haría un nuevo *Caseros*... y buscaría urquizas en la Argentina y garzones en el Uruguay. Rápidamente, porque las cosas urgían y en Río de Janeiro demoran el pedido de emplear la fuerza imperial.

Mientras llega esta autorización, Honorio exige a Giró el pago *dentro de treinta días* de todos los créditos de Brasil, y cuatro millones de patacones como indemnización por la guerra de Oribe. Mientras no se satisfaga, ocupará *como garantía* el territorio entre el Cuareim y el Arapey (la frontera de 1821). Ordena a Caxias que si los orientales pretendiesen ejercer soberanía más allá del Arapey, “el gobierno imperial considerándose agredido repelerá la fuerza con la fuerza”. El 5 de abril parte el ejército ⁹⁸.

¿Otra guerra entre la Confederación y el Imperio? ...Não. 1852 no era 1851. Sentado el precedente, no le faltarían a Brasil quienes se pronunciasen patrióticamente contra el segundo tirano en nombre de la libertad y la civilización. En Montevideo tenían a César Díaz ⁹⁹. En Buenos Aires estaba el doctor Alsina, entusiasta de las Constituciones y las libertades, que sería ayudado por los jóvenes amigos de Brasil como el artillero Mitre, ahora director de un diario y

⁹⁷ “No creo —escribe Honorio a Paulino el 20— que después de una tiranía grande como era la de Rosas, que era porteño, fortalecida por 20 años de poder... pueda ensartarse una tiranía pequeña como no puede dejar de ser hoy la de Urquiza. Urquiza no podrá apoyarse en la masa que sustentó a Rosas. Y si quiere seguir sus huellas, tampoco podrá apoyarse en los enemigos de Rosas... Si Urquiza pretende heredar la tiranía y el sistema de Rosas, solamente conseguirá anarquía y desorden... Ocupado en cuestiones intestinas, falto de recursos, no podrá ponerse en contra nuestra, y no nos será difícil, ante un poder que no estará organizado, fuerte y unido como era el de Rosas, extraer todas las ventajas para el Imperio y fortalecer nuestra influencia en el Estado Oriental”.

Lo mismo había pensado Paulino cuando escribió las instrucciones a Urquiza del 11 de marzo de 1851. En la carta que las mandaba a Silva Pontes decía: “Garzón y Urquiza no tendrán más remedio que apoyarse en Brasil y serles leales. Las cuestiones internas que nacerán para ellos, de estas novedades (las caídas de Oribe y Rosas), han de ocuparlos y embarazarlos bastante para que no puedan complicarse contra nosotros. Será entonces fácil, si seguimos una política previsora y enérgica, dar una solución definitiva y ventajosa a nuestras cuestiones (en el Río de la Plata) que nos asegurarán el triunfo”.

⁹⁸ Se fueron los brasileños ante el rencor de todos. Herrera no pudo explicarse cómo “una ciudad reducto de la civilización en el Plata durante la Defensa, procediera Con ese olvido e ingratitud” (carta a Lamas del 5 de abril). No tanto *olvido*; alejado el último soldado imperial —dice Barroso (*La guerra de Rosas*)— “...una multitud ululante recorrió las calles de la capital uruguaya festejando la partida de sus desinteresados libertadores. Se oían los peores dicterios contra Brasil y los brasileños. En la cabeza de la manifestación improvisada un *engraçadinho* (gracioso) llevaba al hombro un macaco vestido con el uniforme de nuestro ejército; atrás una charanga desafinaba la *marcha de Caxias* y los ¡*mueras!* explotaban por todas partes. Pasando delante de la legación imperial, que estaba cerrada, la canalla quebró los vidrios a pedradas... ¡Esa fue la gratitud de Montevideo!”.

⁹⁹ Los contactos de Silva Paranhos con el ministro de guerra —César Díaz— se producían secretamente en casa de Lorenzo Estivao; las notas *reservadas y confidenciales* de Honorio son explícitas a este respecto. Díaz fue locuaz: informó que Castellanos “sigue las inspiraciones de Buenos Aires” y “últimamente ha recibido una carta de Peña para que procure ganar tiempo”; acepta que “si no se aprueban los tratados está decidido a obrar con la fuerza y expulsar a los blancos del gobierno y la asamblea” siempre que Brasil facilite “algún apoyo”. Paranhos le preguntó qué fuerzas necesitaría, y Díaz le dice que “cuatro mil hombres de la caballería de Caxias, prontos a obrar si fuera necesario”. Consultado Honorio por Paranhos, aprobó la cuantía (*confidencial del 2 de abril*).

candidato a diputado par integrar en las elecciones del 11 de abril la nueva junta, y Sarmiento, que andaba por Río de Janeiro quejándose de la barbarie entrerriana ¹⁰⁰. Para asegurar más las cosas, Honorio escribe el 5 de abril a Carlos Antonio López, por medio de Bellegarde, diciéndole que Urquiza no había reconocido aún la independencia de Paraguay como se comprometió en Gualaguaychú, y por lo tanto debería declararle la guerra sin más espera. Ya estaban los hilos tendidos, para cuando llegase de Río de Janeiro la autorización de emplear directamente la fuerza.

Todo se arregla (6 de abril).

No hubo necesidad de guerra ni pronunciamientos. Dos días antes de la partida del ejército brasileño para ocupar el Arapey, Urquiza ya estaba vencido. Empieza por dejar sin efecto el nombramiento de Guido el 3 ¹⁰¹.

Debe ponerse en condiciones de cumplir sus compromisos con Brasil y asumir el manejo de las relaciones exteriores de la Confederación. No importa que el gobernador López fuese el encargado de ellas, y para quitarle la atribución se necesitasen leyes de cada provincia. Urquiza se hará dar las relaciones exteriores de un modo expeditivo porque las cosas no estaban para demorarlas.

El 6 reúne en Palermo a López, Virasoro (que además de ser su jefe de estado mayor es gobernador de Corrientes) y al doctor Manuel Leiva, ministro santafesino que está de paso en Buenos Aires. Los cuatro firman los protocolos de Palermo. Leiva no tiene poderes, pero los otros lo aceptan *sub sperati* por la premura. Se da el manejo de las relaciones exteriores a Urquiza para “alejar todo motivo de duda y ansiedad dando garantías positivas a los poderes extranjeros... que sus compromisos y estipulaciones (de Urquiza) revisten un carácter obligatorio para toda la Confederación”. Para mayor seguridad se mencionan expresamente los “pactos de mayo y noviembre” que serán en adelante obligaciones de la Confederación. De paso se convoca a la comisión representativa —que no se reunirá— para que conforme al Pacto Federal resuelva que ha llegado el momento de dictar una constitución que pueda darle el gobierno nacional a Urquiza.

Urquiza, *encargado de las relaciones exteriores de la Confedera Argentina*, nombra el mismo día a Luis de la Peña de ministro en ese ramo, y al siguiente —7— Peña se acredita a él mismo “cerca del gobierno de la República Oriental y de Su Majestad el emperador del Brasil cuyas simpatías por la Confederación han sido manifestadas de un modo tan elevado y digno”¹⁰².

Hechos consumados.

El 7 a la noche se reúne la asamblea oriental en sesión secreta.

Informa Castellanos: “Hay guerra formal con el Brasil que la República no puede sustentar. Urquiza acaba de mudar repentinamente de política... había prometido su apoyo moral y físico a las medidas del gobierno relativas a los tratados... El gobierno estará en la guerra contra Urquiza y la Confederación Argentina que apoyarán a Brasil”. Y, además, sin tropas y dividido.

No importa. Los asambleístas no quieren aceptar los tratados de octubre de ninguna manera y dan su voto en ese sentido.

Urquiza ha tomado las precauciones de acercarse a Brasil con el desnombramiento de Guido y los protocolos de Palermo, porque el 11 de abril son las elecciones de representantes en Buenos Aires, y la lista que propiciaba era resistida. La oposición liberal ha cobrado fuerzas y anda con mucho dinero.

Se hacen las elecciones porteñas el domingo 11:

Lista *amarilla* (opositora), 7.360

Lista *blanca* (oficialista), 3.348

Honorio, triunfante en Buenos Aires, no toma en cuenta la reunión de la asamblea uruguaya (cuyo secreto ha trascendido) ni hace caso a las recomendaciones de Río de Janeiro. El *Indobregable* comunica el 13 a Castellanos que Brasil ha nombrado su comisario para demarcar los límites. Si la República Oriental quiere nombrar el suyo que lo haga; si no, Brasil se pasaría sin él.

Castellanos contestará dignamente el 23: “Esos tratados no tienen la aprobación del poder legislativo y por lo tanto el gobierno carece de autoridad para ponerlos en ejecución”.

El 15 el diario *La Fusión* ha roto “la consigna del silencio” de la prensa oriental (así la llama) de no hablar de los tratados. En un violento editorial *Los tratados con el Brasil*, la pluma de Eduardo Acevedo los desmenuza. El *Comercio del Plata* no se atreve a defenderlos: se limita a calificar de “poco circunspecto” el artículo de *La Fusión*.

Peña ha llegado a Montevideo el 21. Anda despacio porque las instrucciones de Urquiza recomendaban no apurarse. Honorio, que se ha cortado solo, le desconfía —“guardava certo mysterio sobre o objeto de su missão”— y supone que Urquiza puede haber encontrado el apoyo de Inglaterra, contraria a la expansión brasileña. El 28 intima,

¹⁰⁰ Sarmiento se fue a Río de Janeiro el 23 de febrero, un poco teatral y apresuradamente, para no cumplir la proclama que obligaba al cintillo punzó. Si hubiese esperado sabría a qué atenerse.

¹⁰¹ “La guerra habría estallado si hombres hábiles no lo hubiesen trastornado y héchole declarar (a Urquiza) en favor de Brasil, desnombrar a Guido y amenazar con las mismas armas ofrecidas al gobierno de Montevideo” (Sarmiento a Urquiza, *La carta de Yungay*). El 3, Urquiza informa a Caxias: “he separado al general Tomás Guido de su misión... cuento que tendré nuevamente en su influjo un poderoso apoyo para arribar al término que todos deseamos”.

¹⁰² En Río de Janeiro había aprensiones por una nueva guerra en el Plata, que complicaría las cosas. Paulino informa a Honorio el 12 que los ministros de Inglaterra y Francia, “principalmente el de Francia”, han formulado oposición tanto a una guerra como a la ocupación del Arapey. En el consejo de Estado el emperador dice palabras de paz y Paulino escribe a Honorio que proceda con “reflexión y calma” en tan espinoso negocio. En la capital de Brasil valoraban demasiado el poder y los arrestos de Urquiza. Honorio y Paranhos lo conocían mejor.

personalmente, a César Díaz a que apure una “solución inmediata del proyecto de expulsar a los blancos del gobierno y de la asamblea”.

Honorio va nuevamente a Buenos Aires a arreglar directamente con Urquiza; embarca el 30 y llega al día siguiente. El 1 de mayo se inaugura el club del Progreso y lo ve a Urquiza, cambiando un saludo de protocolo. Al día siguiente —domingo 2— hay carreras en Santos Lugares: corre un caballo de Urquiza contra otro de un estanciero del sur; ve a Urquiza “apostar grandes cantidades y perder contra lo que parecía probable”. Andaban mal las cosas para Urquiza: derrotado en las elecciones, derrotado en las carreras... no era el momento de hablarle del convenio.

El lunes 3 Honorio va a Palermo. Urquiza se deshace en atenciones: “S.M. el emperador lo hallaría siempre de su lado”. El *otro Rosas* ha resultado un manso cordero. Le dice que ya tenía resuelta la independencia de Paraguay y muestra el decreto nombrando ministro en Asunción a Santiago Derqui. Se habla de los tratados de octubre, que Urquiza encuentra ahora que deben cumplirse. De acuerdo con Honorio se redactan dos notas a los gobernantes orientales, una pública y otra privada, para arreglar de una buena vez el asunto.

La pública la firmaría Vicente Fidel López (ministro interino de relaciones exteriores por ausencia de Peña) y estaba dirigida a Castellanos. Pedía “en nombre de la fraternidad” que la República Oriental “abandonase su negativa a cumplir sus compromisos”; habría sus inconvenientes legales...

pero “pueden ser juzgados como uno de los tantos hechos que quedaron indiscutibles en derecho por el grandioso acto que selló la pacificación completa de esa república”.

La privada era de Urquiza a Giró. Más breve. Si el gobierno oriental persistía en su actitud hostil “contra nuestro amigo y aliado el emperador del Brasil... emplearía la fuerza de sus armas” para entrarlo en razón ¹⁰³.

Con ambas notas, Honorio se reembarca el 4, y las entrega a sus destinatarios. Castellanos intenta una última instancia: somete los tratados a la asamblea. Honorio no acepta. Y el 13 acompañado de Peña y de Diógenes Urquiza va a la casa de gobierno e íntima el inmediato cumplimiento. A Castellanos sólo le queda inclinarse: “El Imperio puede ejecutar los tratados por ser hechos consumados”. A Honorio no le gusta la redacción, pero no la objeta para acabar de una buena vez ¹⁰⁴.

La garantía argentina (15 de mayo).

Falta la conformidad argentina, y Peña la otorga el 15 en forma de una *garantía* al “cumplimiento fiel” de los tratados. No significa solamente la aprobación de los tratados, conforme a la convención de 1828, sino la renuncia argentina a los derechos sobre las Misiones Orientales.

El *Pernease* lleva la garantía a Buenos Aires para la ratificación de Urquiza, que lo hace el 19 en nombre de la Confederación Argentina provisto de la autorización que se ha dado en los protocolos de Palermo.

Todo ha concluido a satisfacción de Brasil. Al regreso del *Paraense*, Honorio se embarca para Río de Janeiro ¹⁰⁵.

Pedro II distribuye premios con generosidad. Honorio fue hecho vizconde (luego marqués) de Paraná, Paulino vizconde de Uruguay (los dos ríos que desde Brasil forman el Plata). Caxias ascendido a marqués, Silva Pontes elevado a ministro en Buenos Aires, Paranhos a encargado de negocios en Montevideo, Marquez de Souza a vizconde de Porto Alegre, Irineo a barón de Mauá, Limpo de Abreu como corredor de los tratados de octubre será vizconde de Abaeté, Ponte Ribeiro barón de su mismo apellido.

Lamas, Joaquín Suárez y Urquiza recibieron la más alta condecoración del Imperio: la gran Cruz de la Orden de Cristo. Hasta Sarmiento, que está en Río de Janeiro, gestiona de Lamas una condecoración y recibe la Orden de la Rosa ¹⁰⁶.

Así acabó la época de Rosas.

REFERENCIAS

a) documentales:

Archivo General de la Nación (Bs. Aires), *Archivo del general Guido*.

¹⁰³ ¿Qué causa produjo la marcha atrás de Urquiza? Es un misterio que Honorio no confió a su correspondencia. “La única esperanza de los blancos —informa Honorio a Paulino el 8 de mayo— era el general Urquiza. Pero éste no quiere guerra, por varias razones *que no debo desenvolver...* Dijo a los de aquí (Montevideo) que los tratados debían ser observados, aunque para eso fuese necesario emplear la fuerza”. ¿La posibilidad de revoluciones en Buenos Aires y Montevideo por los titeres movidos por el brasileño? ¿O más patacones?

¹⁰⁴ “No eran precisamente éstos los términos con que le exigí (a Castellanos) que me hiciese la comunicación”, informa Honorio a Paulino. El gobierno oriental no se pronunciaba sobre la validez de los tratados; se limitaba a dejar que Brasil los ejecutase.

¹⁰⁵ Honorio, pese al agravio al emperador de 1844, fue llamado a presidir el gabinete (le la “*hegemonía*” integrado por Limpo de Abreu y Caxias, que gobernará los años más gloriosos de la historia del Imperio, hasta la muerte del *Indobregable* en 1856.

¹⁰⁶ A Honorio no le gustaba que se diera a Urquiza una condecoración imperial. No podía interiorizar a Pedro II de ciertos pormenores y aconseja a Paulino el 1 de abril le diga al emperador que “Urquiza no apreciaría la Gran Cruz de Cristo... se juzgaría abatido por eso... esa condecoración no le iría bien porque no tiene la presencia (*facha*) adecuada”. Las razones no convencieron a Pedro II, y Urquiza tuvo la Gran Cruz de Cristo además de los patacones recibidos en febrero.

Sarmiento, que estaba en Río de Janeiro cuando la repartija de títulos nobiliarios, promociones diplomáticas y militares, y condecoraciones honoríficas, también quiso la suya y la pidió a Andrés Lamas en mérito a su actuación de boletín del ejército “grande”. Lamas le consiguió la *Orden de la Rosa* en el grado de comendador. Que en las recepciones palaciegas se ponía equivocadamente a la derecha del frac verde, con desesperación del protocolar Lamas porque el sitio era la izquierda, cuenta Pedro S. Lamas en *Etapas de una gran política*.

— *Archivo del general J. J. de Urquiza*.

— *Archivo de J. F. Seguí*.

— *Secretaría de Rosas*.

— *Papeles de Rosas (legado Farini)*.

Archivo General de la Nación (Montevideo), *Archivo de Andrés Lamas*.

— Donación Oliveres (documentos de Herrera y Obes y otros).

Arquivo do Ministerio de Relações Exteriores (o Arquivo Itamaraty), Río de Janeiro, *Fundo Correspondença, Secção Missões especiaes* (para la missão Carneiro Leão FL, sec. 06, vol. 1).

Arquivo do Visconde Uruguai, *Copias microfilmadas en poder da Mateo Magariños de Melho* (Montevideo).

M. HERRERA Y OBES, *Correspondencia diplomática privada* (ts. 3º y 4º).

Relatorio dos Estrangeiros (años 1850, 1851 y 1852), Río de Janeiro.

Diario de Sesiones de la prov. Bs. Aires, Cám. Sen., 1857; Cám. Diputados 1859.

b) periódicos:

La Gaceta Mercantil; *Archivo Americano y espíritu de la prensa del mundo* (2ª época, ns. del 19 a 26); *British Packet*; *Diario de Avisos*, *El Agente Comercial* (Buenos Aires).

El Federal Entre-Riano (Paraná, Entre Ríos).

La Regeneración (semanario) (C. del Uruguay, E. Ríos).

El Comercio del Plata, *La Fusión* (Montevideo).

El Defensor de la Independencia Americana (Villa Restauración, R. O. del U.).

c) memorias y diarios:

- B. HORTELANO, *Memorias de...*
 J. A. BERUTI, *Memorias curiosas*.
 C. DÍAZ, *Memorias*.
 VIZCONDE DE MAUÁ, *Autobiografía*.
 N. MOLINAS, *Apuntes*.
 J. ORDOÑANA, *Diario* (Rev. J. M. Rosas, n° 101).

d) citas bibliográficas:

- E. ACEVEDO, *Anales de Historia de la R. O. del Uruguay* (La guerra grande, Presidencia de Giró).
 G. BARROSO, *guerra do Rosas*.
 — *A presença do Imperio em Buenos Aires* (Anais do Museo Histórico Nacional, São Paulo, VI, 1945).
 — *O general Osorio, o centauro das pampas*.
 L. BESOUCHET, *Mauá*.
 B. BOSCH, *Presencia de Urquiza*.
 P. CALMÓN, *Historia social do Brasil* (2º tomo, “A sociedade imperial”).
 R. J. CÁRCANO, *De Caseros al 11 de septiembre*.
 L. DA CÁMARA CASCUDO, *O marquez cte Olinda e seu tempo*.
 J. T. CRISCENTI, *The Campaign against Rosas* (minutes of conferences on military plans june 1851), de *Hispanic American Historical Review*, 1954.
 A. CUYAS Y SAMPERE, *Apuntes para la historia de Entre Ríos* (Mataró, 1888).
 J. C. CHAVES, *El presidente López*.
 I. DE MARÍA, *Anales de la defensa de Montevideo* (t. 4º).
 J. DORNAS FILHO, *A escravidão no Brasil*.
 M. FONESCA, *Final de la Guerra Grande*.
 R. FONT EZCURRA, *La unidad nacional*.
 M. GÁLVEZ, *Vida de Juan Manuel de Rosas*.
 M. C. GRAS, *Urquiza y Rosas*.
 C. IBARGUREN, *Juan Manuel de Rosas*.
 P. S. LAMAS, *Etapas de una gran política*.
 T. MANACORDA, *Fructuoso Rivera*.
 E. MORENO, *Aspectos de la Guerra Grande, 1847-1851*.
 D. L. MOLINARI, *Prolegómenos de Caseros*.
 F. OSORIO, *Vida do general Osorio*.
 J. PANDIA CALÓGERAS, *Da regencia e queda do Rosas*.
 — *Formação histórica do Brasil*.
 PARANHOS ANTUNES, RIBEIRO DA GRACA E CARLOS MAUL, *Conde de Porto Alegre* (biografía de M. Marquez de Souza).
 B. PEREIRA, *Civilização e barbarie*.
 J. E. PIVEL DEVOTO, *El fin de la Guerra Grande*.
 J. PEREYRA DA SILVA, *Os ditadores de América*.
 C. PRADO JUNIOR, *Evolução política do Brasil*.
 V. G. QUESADA, *Historia diplomática del Río de la Plata* (“Política de Brasil en el Río de la Plata”, t 2º).
 J. M. ROSA, *La caída de Rosas*.
 — *El pronunciamiento de Urquiza*.
 A. SALDÍAS, *Historia de la Confederación Argentina*.
 D. F. SARMIENTO, *Campaña del Ejército Grande*.
 — *Carta de Yungay*.
 C. SAROBE, *Urquiza* (t. 2º).
 J. A. SOARES DE SOVZA, *D. Fructuoso Rivera no Río de Janeiro* (Rev. Inst. Hist. e Geographico, vol. 231).
 — *A margem de uma política (1850-1852)* (ibidem, vol. 221).
 — *O general Urquiza e o Brasil* (ibidem, vol. 206).
 — *Honorio Hermeto no Río da Prata (missão especial de 1851-1852)*.
 — *Um diplomata do Imperio (barón de Ponte Ribeiro)*.
 — *Vida do visconde de Uruguai (Paulino José Soares de Souza)*.
 O. T. SOUZA, *Bernardo de Vasconcellos e seu tempo*.
 O. R. SUÁREZ CAVIGLIA, *La “protesta” de Rosas en 1857* (Bol. Rosas, n° 3).
 L. DOS S. TITARA, *Memoria do grande exercito aliado libertador do sul de América na guerra de 1851 a 1852 e dos acontecimentos mais notaveis que precedera-la desde vinte años*.
 J. C. VIGNALE, *Oribe*.